

AÑO XI

ATHENEA

N.º 8

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

COMITÉ DE REDACCIÓN

JUSTO A. FACIO

ROGELIO SOTELA

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

RAFAEL CARDONA

Odio

*Al recorrer sangrando mi jornada,
yo, que sereno en el tropel desfilo,
atleta soy que con mirar tranquilo
disimula el dolor de la estocada.*

*Vuestro odio, sin embargo, me anonada;
al sentir que me acecha con sigilo
parece que me encuentro y que vacilo
en un vago silencio de emboscada.*

*En vano ante vosotros se despliega
el campo donde abiertos combatientes
buscan lidiando su gloriosa ruina;*

*Que, temeroso de la franca brega,
el odio sus manojos de serpientes
en silencio mortal arremolina!*

JUSTO A. FACIO

Athenea hace un esfuerzo

Nuestros lectores saben con cuánta dificultad se tropieza para llevar a cabo una labor como la que nos hemos impuesto y saben cómo hemos querido poner siempre nuestro esfuerzo y nuestro anhelo por conseguir, siquiera en parte, el mantenimiento de nuestra revista.

Hoy se presenta una nueva ocasión para que demos nuestra perseverancia y queremos solicitar nuevamente el concurso de los amigos, que tan generosamente han respondido ya, para lograr la publicación constante de un órgano de la cultura costarricense.

ATHENEA tenía antes el favor de poder imprimirse en la Imprenta Nacional con pocos gastos, pues pagaba solamente el papel. Hoy, necesariamente tenemos que venir a una empresa particular porque en los talleres nacionales urge hacer anuarios estadísticos, memorias, formularios, etc., y ATHENEA no podía robar tiempo a los trabajos oficiales.

Nosotros pedimos un presupuesto a todas las imprentas de San José y después de arreglar nuestros gastos con la casa de Trejos, se laaaza ATHENEA a tener vida propia, contando solamente con el entusiasta cariño que se tenga por ella.

No subimos el precio de suscripción, que bien bajo era, y sigue valiendo nuestra revista veinticinco céntimos el ejemplar, tirada lujosamente.

ATHENEA hará un esfuerzo para mantenerse y pronto verá cómo todo anhelo generoso tiene un fin noble. Así, pues, sólo volvemos a pedir a nuestros lectores constancia y buena voluntad, ya que nosotros pondremos para ellos todo nuestro empeño.

ATHENEA está confiada de la vida que hará y espera la unánime acogida que ha de dársele y trabajará por hacerse cada día más digna del aprecio que se le tiene.

ATHENEA

ATHENEA está de venta en todas las Librerías al precio
de 25 céntimos el ejemplar.

El Conquistador de Costa Rica Don Juan Vázquez de Coronado

Fortuna ha sido para nuestra historia que el conquistador de Costa Rica no hubiese traído consigo cronistas que se encargasen de anotar sus hechos, y de dar cuenta de ellos en la forma en que acostumbraron hacerlo la mayor parte de los que, en todo tiempo, tuvieron el encargo de llevar al pormenor cuenta corriente a las empresas de los hombres y registrar los anales de los pueblos.

hechos, y contemplar sus fatigas ante las adversidades de la vida diaria, y sus vacilaciones ante obstáculos más o menos reales, y sus caídas por desaliento, y sus heroicos alardes de fortaleza, cuando elementos extraños a ellos vienen a poner vencida a sus plantas la dificultad atormentadora. ¡Qué desilusiones no experimentaríamos ante la presencia, cómicamente ruin, de seres cuyo nomi-



La fantasía ha jugado papel muy importante en esas narraciones, con perjuicio de la verdad histórica, que frecuentemente se nos presenta adornada de atavíos, desfigurada por revoques que le dan brillantez postiza, o cargada de aditamentos prestados a las complacencias de la adulación, a las vindicaciones del odio, a las sumisiones del miedo o a los nobles y generosos arranques de la poesía.

En efecto: gran sorpresa nos causaría el ver, si nos fuera posible, a la mayor parte de los hombres que la fama ha consagrado, ocupados en la tarea de hacer pasar sus ideales a la categoría de

bre nos llenaba antes de asombro! ¡Cómo bajaríamos de nuestro altar muchos fetiches a los cuales hemos rendido homenajes, deslumbrados por los reflejos de una aureola de oropel, que fabricaron para sus frentes los artífices de la crónica! De mí puedo decir que cada vez que uno de esos pacientes escarmentadores de cosas pasadas, que emplean todo su tiempo en buscar, con la linterna de su criterio y de su saber, la verdad escondida en el montón mudo y polvoriento de los archivos, nos sale con una rectificación histórica que viene a menguar los rayos de alguna diadema, siento el mismo desencanto que deben sentir las almas cre-

yentes, cuando se infiltra en ellas la duda no esperada y empieza ésta a irles dejando poco a poco despoblado el cielo.

Por eso desconfío de las biografías, que más que de la historia suelen tener de la sátira o de la lírica, y para estudiar a los hombres, estudio los pueblos en que han ejercitado su fuerza y su influencia. Mido la grandeza o la perversidad de aquéllos por los bienes o los males que hicieron a éstos, y dejo que la trompa de la fama vaya con sus sonoridades engañosas a distraer otros oídos.

Don Juan Vázquez de Coronado no trajo, en su expedición a estos territorios, quienes hicieran sonar en su loor esa trompa. De sus hechos en la conquista y pacificación de Costa Rica nos da cuenta él mismo, con sencillez y modestia que le enaltecen, en varias cartas que escribió durante el tiempo empleado por él en esos trabajos, las cuales fueron halladas por nuestro erudito historiógrafo don Manuel M. de Peralta en el Archivo General de Indias de Sevilla, según reza el prólogo de la edición, cronológicamente ordenada, que de ellas hizo recientemente el no menos erudito y concienzudo don Ricardo Fernández Guardia.

Al leer esas cartas se me ocurre siempre el pensamiento de que la Providencia tuvo más parte en la elección de don Juan Vázquez de Coronado, para enviarlo a la conquista y pacificación de los territorios de Costa Rica, que la voluntad misma del Rey o de la Audiencia que recomendó su nombramiento.

¿Qué habría sido de estos pueblos si a la conquista de ellos hubiese venido, con la espada desnuda, uno de aquellos guerreros henchidos de codicia, despiadados y crueles, que entre el número no escaso de hombres de alma clemente, arrojaron a las playas de este candoroso e indefenso continente las naves ibéricas? ¿Cuál habría sido nuestro destino futuro, si el primero que llegó aquí a echar los cimientos de la civilización, los hubiese asentado en fosas abiertas por la violencia y colmadas por los huesos de los miseros indígenas, pobres parias que en vida hubieran sido saqueados, sometidos y exterminados al filo de la espada? Toda injusticia, todo atropello que se ejecuta contra quienquiera que sea, y más aun contra seres débiles e inermes, deja en pos de sí un clamor de reparación que no cesa mientras no se satisface a la justicia, y la sangre que se derrama inicua y cruelmente tiene la virtud de infiltrar en la tierra que moja, gérmenes de venganza y semillas de odio. Quizá el carácter del pueblo de Costa Rica no sería el que es hoy, si la misión de poner los fundamentos de nuestra sociedad política se hubiera encomendado a otras manos que las muy magnánimas, blandas y generosas de Vázquez de Coronado. Pienso que a él se debe en gran parte el respeto legendario de nuestro pueblo a la propiedad, a la vida, a la familia y a la conciencia de todas y de cada uno.

En efecto: dice el Conquistador en carta fechada en Nueva Cartago el 11 de diciembre de 1562 y dirigida a S. M. el Rey Felipe II: «Los naturales della (de esta tierra) son vivos de yngenio, belicosos, mayores de cuerpo que otros, bien hechos...»; y refiriéndose a la tierra misma, dice así: «La tierra es una de las buenas que yo he visto en Indias y a mi ver no le haze ventaja ninguna de la Nueva España ni del distrito...»; y más adelante, en carta de 4 de mayo de 1563, dice al licenciado Juan Martínez de Landeche: «Dexo descubierta a su magestad una de las mejores tierras que se an visto en Yndias, y es poco lo que se ha dicho hasta agora de las riquezas y grandezas della...»; y antes había dicho al mismo en carta de 20 de enero de aquel año: «Acerrí tendré seis mill hombres a mi ver y el Abra más de tres mill, y crea vuestra señoría que es mucha la gente de esta tierra, a lo menos hay en los pueblos y provincias que están de paz al pie de XX mil hombres».

¡Veinte mil hombres! ¡Y eso sólo en los pueblos conquistados hasta entonces, que no eran los más, y todos de genio vivo, belicosos, gallardos de cuerpo, entre los cuales había tribus como los Biritecas, nombre que quiere decir *amazonas*, porque hasta las mujeres iban a la guerra, y todos en posesión de una tierra; «el mejor rincón que hay en Yndias», según la deliciosa expresión de Vázquez de Coronado! Hubiérase mandado a conquistar esta tierra un hombre violento, atrabiliario, despiadado, y todavía hoy estaríamos peleando por herencia atávica, porque habría dejado en nuestras venas sangre deudora de sangre, y en nuestro espíritu crímenes deudores de reparación, aquel hombre que en lo social y en lo político sería nuestro genitor.

He ahí por qué he dicho que a don Juan Vázquez de Coronado se le debe, quizá más que a ninguno otro, el carácter noble, levantado, justiciero y generoso que siempre ha distinguido al pueblo costarricense, y del que con razón se gloria y ufana.

Las virtudes más sobresalientes de Vázquez de Coronado, puestas a prueba de tentaciones y que resistieron a toda sugestión, fueron el desinterés y la magnanimidad. Su piedad para con los indígenas era inagotable: ni las rebeldías de ellos, ni sus engaños astutos, ni los actos violentos a que a veces se entregaban, pudieron alterar un momento la apacibilidad de aquella alma, que había enarbolado el estandarte del bien y del amor como arma de conquista, emulando, sin pretenderlo, la piedad dulce y paciente de fray Bartolomé de las Casas.

Y su desinterés fué llevado por él, en la conquista, al sacrificio de sus propios bienes, al desdén de todo lucro, a la renunciación de toda ganancia, al olvido de sí mismo. Cuando hubo gastado en la humanitaria empresa todo su peculio,

tomó a crédito recursos nuevos, sin permitir que nadie quitara a los indígenas, con engaños o por fuerza, ni un adarme de oro que en brazaletes, gargantillas y arracadas llevaban por doquiera, como fulgentes despertadores de codicia.

Yo admiro a ese héroe más que a todos los héroes. Las conquistas de la espada son más deslumbradoras que la suya, y sirven además para inspirar la epopeya, de cuyas melodías tanto gustamos los hombres; pero esas conquistas sólo la espada puede sostenerlas, en tanto que las otras, las que alcanzan la piedad y el amor, como la del Conquistador de Costa Rica, se mantienen por sí

mismas en razón de su origen y son imperecederas como producto de aquellas virtudes.

La complicación de las cartas de don Juan Vázquez de Coronado, con que nos regalan los meritisimos historiadores don Manuel M. de Peralta y don Ricardo Fernández Guardia, forman una cartilla que debiera leer nuestro pueblo, para alimentar y fortalecer el carácter con el recuerdo de aquel noble ejemplo, y para glorificar, como debe, al que fué el fundador de nuestra nacionalidad y preparador de nuestro destino.

Rafael Villegas

SOCIOLOGIA

Apuntes sobre inmigración ⁽¹⁾

Un artículo de Sociología aplicado a Costa Rica! Es interesante el asunto; es digno de plumas doctas y de inteligencias claras, que quieran aportar al desarrollo cultural de nuestro país, si no el grano de arena que la vulgaridad ha convertido en insoportable lugar común, si el caudal de un generoso empeño en esta hora en que los pueblos, confrontados con la gran locura del más cuerdo de los continentes, y después de haber observado el salto atrás de que nos habla el robusto pensador uruguayo, deben pensar en orientar sus actividades por caminos de positivo progreso que lleven a la más cierta y noble hegemonía: la que se levanta triunfadora, no sobre puntas de bayonetas y bocas de cañones, sino sobre la pujanza propia debida a los recursos naturales.

Ya Ingenieros habló de la caída de la civilización europea como del cumplimiento ineludible de una ley social; y nosotros, los hijos de la fértil y joven América, debemos tratar, por todos los medios que el ingenio ponga a nuestro alcance, de que la nueva civilización surja de este lado del Atlántico, donde hay campo propicio a todas las especulaciones del esfuerzo humano, y donde no existen los resabios de viejos rencores que atizaron la espantosa hoguera, ante cuya voracidad pequeña y despreciable aparece la paciente labor de siglos de la inteligencia humana.

En la Sociología—bellamente apellidada la ciencia joven—indispensable auxiliar de todas las ciencias sociales, hemos encontrado gran número de problemas importantes apropiados a nuestra incipiente nacionalidad, don-

de hay tanto por hacer todavía y donde se imponen orientaciones fijas que marquen el rumbo bien definido del carácter nacional.

Lo que vamos a tratar no es tema nuevo, no exactamente por lo que dijo Salomón hace ya rato, de que nada hay nuevo bajo el sol, sino porque con ser este un asunto de tan fundamental importancia para Costa Rica, ha sido tratado en varias ocasiones por la prensa y ha estado frente a la consideración de los legisladores: estamos hablando de la inmigración.

Nos mueve a acometer este ligero estudio la creencia de que hasta ahora no se ha estudiado este problema seriamente entre nosotros, y los proyectos llevados a cabo han carecido—preciso es confesarlo—de una inteligente orientación.

La inmigración, que según un notable escritor es una exportación de trabajo y de capital, es un problema de los pueblos jóvenes donde la población no ha alcanzado la densidad deseable y necesaria para el desarrollo de su riqueza natural; en tal aspecto es común a todos estos pueblos hermanos de América que habrían de aguardar muchos años si quisieran conquistar su progreso y su riqueza con sólo los elementos nativos.

¿Habremos de citar, por milésima vez, el prodigioso ejemplo de la República Argentina, cuyo potente avance asombra a los que no hayan estudiado detenidamente los medios científicos de que ese pueblo se ha valido para convertirse en la primera nación latina de América, mediante el concurso de la inmigración que al hacer producir al país que

escogió como asilo acrecentó su riqueza propia?

¿Habremos de hablar de ese gran país, sobre todo en un sentido material,—fundado por aquellos puritanos fugitivos de Inglaterra—donde más de la mitad de la población es extranjera y a cuyo empuje debe gran parte, quizá la mayor, del auge que ha cobrado en las robustas lides del trabajo? Allí el español, el italiano, el francés, en comunión con el originario, en número de 100.000.000 han levantado ese edificio majestuoso que es hoy orgullo de la nación yankee.

Aceptada la inmigración unánimemente por todos los estadistas latinoamericanos como medida indispensable para estos países, lo que se impone es resolver cuál es el procedimiento adecuado a ese fin que garantice un resultado satisfactorio. Reprobamos, desde luego, el adoptado aquí en varias ocasiones y que consiste en traer, ya contratados de antemano, colonos, a veces familias enteras, para destinarlos a tales o cuales trabajos, separadamente, y a determinada región del país. No es esa la inmigración con que nosotros soñamos, sino la otra, la libre, la que llega espontáneamente a nuestras playas en busca de trabajo, con anhelo de empresa y espíritu de acción.

Bien se sabe que los pueblos necesitan ciertas condiciones especiales para hacerse simpáticos al elemento extranjero, al caudal de inmigración. El inmigrante busca, como es natural, ambientes, ante todo, de paz y luego de libertad. ¿A qué extranjero le gustará ir a gastar sus afanes y sus energías en países convulsos donde una conmoción los puede privar en cualquier momento, por la única razón de la violencia, del acervo que representa sus desvelos, o donde la voluntad omnipotente del déspota desconoce sus derechos? Costa Rica cuenta, afortunadamente, con esas dos condiciones envidiables que aseguran la estabilidad de cualquier fortuna nacional o extranjera y favorecen el desarrollo de todo género de negocio en que se emprenda. Por otra parte, nuestro Código Civil no hace diferencia entre el costarricense y el extranjero para la adquisición y goce de los derechos civiles que son los que forman la urdimbre de la vida ordinaria. Se comprende fácilmente la excepción de los derechos políticos porque éstos son inherentes a la ciudadanía.

Llevados de la hermosura de esta idea no vayamos tampoco al otro extremo. Inmigra-

ción, sí; pero inmigración sana de cuerpo y de espíritu, de la que, lejos de venir a contaminar nuestro ambiente, nos traiga el contingente de su brazo y de su inteligencia. Puertos abiertos y facilidades de subsistencia, pero para el que venga a compartir con nosotros nuestras luchas.

Para ello se impone una previa propaganda, en Europa, sobre todo. A ese fin nuestros cónsules en esos países, haciendo así honor al cargo de que están investidos, deberían esforzarse en una labor de prensa o de conferencias, encaminada a dar a conocer a nuestro país dotado del más delicioso clima, de un suelo fecundo y de una organización política bastante avanzada.

En Europa no se nos conoce. Sea que allá no estudian, o que estudian mal la Geografía, es lo cierto que los europeos nos ignoran a los latinoamericanos. Cuando decimos que dudamos de que en Europa estudien la Geografía no escribimos una frase vacía; nuestros alumnos del Liceo, y a veces los que sólo han cursado la escuela primaria, conocen esos países en una aunque sea visión general; y entre nosotros tildaríamos muy mal a quien nos dijera que no conoce las generalidades de la Geografía europea. En referencia a Costa Rica, nuestro mismo café, que es nuestro principal y casi único producto de exportación, no contribuye gran cosa a darnos a conocer en el extranjero. Repartido allá entre multitud de comerciantes, comienzan éstos por borrar las señales costarricenses que llevan los sacos y concluyen por decir que es café del Brasil o de otro país de mayor significación económica. Con decir que Puerto Rico, pobre pueblo esclavizado bajo férula extraña y abatido por su vida de servidumbre, es más conocido que Costa Rica, creemos que está dicho todo.

Por eso juzgamos que la primer labor debe ser la de una propaganda bien encaminada, que borre de la mente europea el pensamiento de que estos pueblos son tribus de cafres sin Dios y sin ley.

Ya que más arriba nos hemos referido al incremento prodigioso, quizá sin precedente en la historia, de la nación argentina, debido, indudablemente en su mayor parte, al concurso de la inmigración, vamos a referirnos a unas frases de un estudio de este mismo asunto, hijas de la pluma de un celebrado estadista argentino:

"El 4 de agosto de 1812 Bernardino Rivadavia, el estadista más grande de la época,

el clarovidente, el hombre póstumo, dictaba un decreto fomentando la inmigración.

Se adelantaba a su época. Ponía Rivadavia en práctica el postulado histórico de que "gobernar es poblar" y anunciaba a las Provincias Unidas—al criollo de mal talante y al indígena rehacio a toda innovación—que el gringo era un buen elemento. Más aun, un elemento imprescindible.

Para la época, el decreto de Rivadavia es una pieza revolucionaria. Se discutía entonces, y era un problema latente en los espíritus, si la nueva nación debía constituirse con la raza, ya de suyo formada, o si había, por el contrario, de aspirar a ser el crisol donde se fundieran todas las razas del universo.

El tipo indígena, que también tenía sus estadistas, pedía el cierre de los puertos a toda invasión pacífica. Aquello era la reclusión de un pueblo, llevada a la categoría de sistema. Esa tendencia del nacionalismo y del americanismo "a outrance" triunfó más tarde en el Paraguay. Ya sabemos a qué triste epílogo nos condujo con López, héroe de una causa perdida. Rivadavia fué el espíritu del cosmopolitismo. Se inspiró en el gran ejemplo de los Estados Unidos, patria común de todos los hombres de buena voluntad de la tierra. Dióse exacta cuenta de que las nuevas nacionalidades debían ser el resultado de una amalgama de tipos, de tendencias y de aspiraciones. Gracias a Rivadavia, el gringo, antes execrado, entró a formar parte en la vida económica del país. Tuvo su asiento en el hogar, junto a la lumbre y fraternizó con el criollo, adaptándose a su propia vida. Así nació la nueva raza. Así surgió la nacionalidad argentina".

Hasta allí los párrafos del estadista rioplatense a que hemos recurrido para presentar en síntesis, sin grandes capítulos, la historia de la inmigración argentina que alcanza, en los últimos veinticinco años nada más, a tres millones de inmigrantes.

A la par de esa propaganda a que antes hicimos referencia, se impone algo que es el complemento ineludible. Habría de ser votada, de presupuesto, a fin de que fuera permanente, una suma que no sería posible limitar aquí, ya que ella quedaría fijada por el mayor o menor movimiento, y que se destinaría, exclusivamente, a favorecer la inmigración. Más erogaciones? dirá, frunciendo el ceño, cualquier economista improvisado. Sí; más erogaciones, pero de esas imprescindibles, de esas que tienen un linaje propio y

abren amplios horizontes a la riqueza pública. ¿Acaso no se votan a cada paso en nuestros presupuestos partidas sin positiva necesidad ni beneficios nacionales? La Economía Política, cuyo manual no andaría del todo mal en manos de nuestros gobernantes, no aconseja, ni podría aconsejar, reducir los presupuestos de gastos por el mero afán de reducirlos. Hay principios de más alto valer que urge no perder de vista si se quiere realmente fundar la nacionalidad; y uno de esos principios básicos, fundamentales, es el de promover el desarrollo de las fuerzas naturales de la Nación, abiertas a todos los individuos de esfuerzo, hermanados en ese que es el más alto lazo de fraternidad entre los hombres: el trabajo.

Lo indicado, lo adoptado en otros países, es el establecimiento de un hotel, mantenido por cuenta del Estado, donde se atiende a los inmigrantes sin que tal atención les cueste un céntimo, durante una, dos semanas, lo suficiente para que la oficina de trabajo (que así se llama en Buenos Aires) logre contratarlos para alguna empresa.

Se dirá, de parte de los escépticos, que eso se ha hecho en Argentina porque allá hay fabulosos capitales listos para el desarrollo de industrias o para la habilitación agrícola de grandes extensiones de terreno, no así aquí donde la actividad monetaria es tan reducida y donde por consiguiente no es posible emprender en grandes negocios. Pero eso no pasa de ser un argumento sin valor, un obstáculo lanzado al paso de una iniciativa, la piedra entre las ruedas, que dijo el otro.

A nadie se oculta que en Costa Rica no se explotan multitud de empresas y no se acometen otros tantos negocios por falta de brazos; que nuestros 50,000 km. de tierra fértil, propicia al arado, no son para los 425,000 habitantes que hoy la pueblan, cuya mayor parte se dedica a la empleomanía y a las profesiones liberales, sino para tres o cuatro millones de trabajadores tenaces y abnegados que arranquen a la tierra, en cuyo seno duerme hecho savia el porvenir de la patria, la riqueza que ha de emanciparnos del acreedor extranjero y que ha de llenar nuestros graneros de mazorcas y de espigas.

¿Con qué brazos vamos a colonizar el feracísimo valle del General, el olvidado cuanto maravilloso rincón de Golfo Dulce, el rico Talamanca, extensiones todas que duermen hoy el sueño de la más lamentable inercia, ya que estamos creyendo los costarricenses

que hemos hecho bastante con el reparto de la República en denuncios de cincuenta hectáreas, cuyo único título está en el Juzgado respectivo, sin comprender que sólo se es completamente dueño de la tierra, ya se sea individuo o Estado, cuando se cultiva?

No serán del todo inoportunas las palabras de Ferri en esta ocasión: "La tierra no es riqueza, sino solamente un instrumento para su producción, como enseña la Economía Política; por eso incurrimos en un error cuando decimos que nuestra patria es rica porque tiene mucha tierra pública.

La tierra es, pues, un agente de producción, un instrumento de riqueza (como lo son los capitales en numerario o los útiles y maquinarias de labor) pero "instrumento sin instrumentista" según la expresión de Alberdi.

Quién será éste, se pregunta el célebre autor de "Las Bases", y se responde: "es el trabajador, quien forma la riqueza del suelo; el trabajador inteligente, activo, enérgico, económico y juicioso, bien entendido; en una palabra, el trabajador de la Europa actual, inmigrado y establecido en el suelo americano.

"El considerar la tierra como la riqueza misma, confundiendo el suelo rico con la riqueza cuando aquél sólo es, en manos del trabajador, un instrumento para la producción de ésta—agrega más adelante—es un error desastroso y fecundo en males incalculables que subsiste—continúa—por la ignorancia y negligencia de los historiadores, que han omitido hablar de la condición económica de la América colonial".

Ya se supone, desde luego, que todo aquel que necesitara braceros, trabajadores en general, se haría presente en la Oficina de Trabajo en lugar de publicar avisos en los periódicos o de exponerse al peligro, constatado ya en diferentes ocasiones, de que se malogren las cosechas o se pasen las épocas de siembra por falta de trabajadores.

Dijimos antes que lo necesario no era inmigración sino inmigración buena. Para ello cada inmigrante debe ser examinado, ante todo, por un médico, a fin de ponernos a salvo de individuos enfermos que vinieran a infestarnos; y, en segundo, hasta donde esto sea posible, deben ser analizadas sus condiciones de laboriosidad y de honradez. Nuestras leyes prohíben la entrada al país de los individuos pertenecientes a ciertas razas. Tal prohibición se inspira en un principio de defensa social, y en tal concepto no seríamos

nosotros quienes la impugnáramos; lo único grave en esa cuestión es que ahí entra por mucho el criterio personal del legislador respecto de cuáles han de ser las razas repudiadas, sin que sea a menudo un principio científico el que preside esas limitaciones.

Debemos declarar que la disposición que previene al inmigrante presentar cierta cantidad de dinero al penetrar en nuestros puertos, sobre ser fácilmente burlable, es ridícula. Fácilmente burlable, porque a nadie se hace imposible conseguir entre los compañeros de travesía, en el vapor que lo ha de traer a nuestro país, esa suma que es devuelta a su dueño inmediatamente después de presentada a la autoridad; y ridícula, porque un mal elemento, que bien pudiera ser escoria de otras sociedades y que llega a nuestras playas como un despojo que lanzara el mar, no va a hacerse aceptable por sólo el hecho de poseer una suma en numerario que puede consumir en pocos días viéndose necesitado luego a echar mano a todos los recursos, por innobles que ellos sean, para subsistir.

Como se nos podría argüir, y con razón, que la afluencia en grande escala de elementos de todos los países entraña un peligro, pues que por más precauciones que se tomen siempre nos llegarán individuos despreciables, creemos que se debería legislar en el sentido de armar al Gobierno de una amplia facultad para arrojar del país, sin trabas que obstaculicen su acción, a todo extranjero que se haga indigno de nuestra hospitalidad.

Así como atrás dijimos que Costa Rica tiene capacidad bastante para tres o cuatro millones de habitantes, aseveramos que su suelo puede producir muchas veces más de lo que hoy. Tenemos fertilísimas extensiones para cultivos de cereales, de café, de banano, de frijoles, de tabaco, de cacao y de ganadería. Con un clima delicioso, en primavera perpetua, con terrenos para casi todos los cultivos, se contempla la triste realidad de que con excepción del café y del banano (y de este último no quedan en el país más que los datos estadísticos) con esa sola excepción, decíamos, importamos todos los demás productos.

Quien haya viajado por las llanadas guanacastecas, tan poco pobladas, donde crecen exuberantes los mejores pastos, habrá comprendido cómo es de imperdonable que estemos introduciendo miles de cabezas de ganado de Nicaragua que nos cuestan una crecida suma de miles de colones. En el año

de 1910, uno de tantos, la suma importada alcanzó a 23015 cabezas, con un desembolso de ₡ 927,288.00, casi un millón de colones. Por el contrario sólo exportamos, término medio, unos 14,000,000 de kilos de café con un valor, también promediado, de ₡ 9,000,000.00 cuando bien podríamos, dadas nuestras extensiones cultivables, exportar 100,000,000 de kilos; nótese que sólo hablamos del café porque es el producto que alcanza una mayor escala en nuestra incipiente exportación, que en tratándose de otros artículos las cifras no son ni para tomadas en cuenta. Con decir que las maderas y el cacao no alcanzan juntos la cifra de medio millón de colones, creemos poder omitir mayores detalles.

Los anteriores datos, que cualquiera puede encontrar en nuestra estadística, están diciendo con la incontrastable elocuencia de los números, que nuestra agricultura es miserable, que la industria nacional apenas si existe y que urge, por deber de alto y sagrado patriotismo, abrir amplias brechas hacia el porvenir.

Algo digno de comentario acontece en Costa Rica. Aquí todos convenimos, en extraña unanimidad, en que nuestra verdadera fuente de riqueza y nuestro único medio de emancipación están en la agricultura. Desde niños hemos oído pregonar esa verdad en discursos escolares, en editoriales de periódico, en folletos, en plataformas políticas, en mensajes presidenciales. Por todas partes y en todos los tonos se reprocha nuestra incuria y se nos habla del surco como del más sagrado culto; y, sin embargo, es muy poco lo que se ha hecho en beneficio de eso que pudiéramos llamar el ideal agrícola. Creemos que a ese feliz resultado se iría con una doble corriente, si se nos permite la expresión. Por un lado la escuela, sobre todo la rural, afirmando en el corazón del niño el amor a la tierra, al árbol, en general a la naturaleza, y por otro el Gobierno impulsando ese movimiento con la apertura de buenos caminos y con el apoyo a los agricultores decididos en la forma de proporcionarles capitales a largo plazo y a módico interés.

Con todo, nosotros vamos a repetirlo: hacen mal nuestros gobernantes en ir a buscar en otros horizontes y en otras especulaciones lo que sólo la tierra puede darnos. No vemos con malos ojos nuestros centros de enseñanza: librenos Dios de tal herejía. Que

se mantengan, en buena hora, de la más brillante manera posible, nuestras escuelas primarias, nuestros colegios de enseñanza secundaria, la Escuela de Derecho, la de Farmacia, pero que a la par se levante la Escuela de Agricultura con amplitud de campos para los cultivos, provista de buenas herramientas y dirigida por un cuerpo de profesores competentes.

¿No es acaso una ironía que la única Escuela de Agricultura que existe en el país sea de fundación y sostenimiento de un particular? No; hay que reaccionar contra eso. Costa Rica necesita, antes que de ninguna otra cosa, de agricultores, pero agricultores expertos, de los que saben lo que es la rotación de los cultivos, el empleo de los abonos, la selección de las semillas, los drenajes, etc. trivialidades que el 90 o/o de nuestros campesinos, que se hacen llamar agricultores, desconocen.

Y volvemos a nuestro punto cardinal de donde nos separámos tras breves consideraciones: ¿puede Costa Rica pensar en el cultivo de todo su suelo con sólo los costarricenses? Ciertamente que no. Las leyes de tributación fiscal, recientemente emitidas, contribuirán a ese patriótico fin: el terrateniente, poseedor de grandes extensiones incultas, se verá precisado a venderlas en pequeñas parcelas, dando así facilidad a los pobres de adquirir un pedazo para cultivar. Pero como nuestros brazos no serían suficientes a tan vasta empresa, el capital y el brazo extranjeros vendrían a encontrar "en este pedazo de la América libre, un árbol de la selva que derribar para construir la casa solariega de una nueva estirpe".

Bien está que digamos que hay muchas clases de inmigrantes: los que sólo ven en el país a donde llegan campo propicio a sus explotaciones, y nunca se conaturalizan con los nacionales ni adoptan sus costumbres, traficantes, en fin, que toman el país que les sirve de asilo como mercado para crear o acrecentar riquezas, y los que al plantar su tienda de viajeros lo hacen con ánimo de hacer del pueblo que les abre sus brazos su segunda patria y de identificarse con su vida, llegando en muchas ocasiones a fundar hogar en él y a confundirse con los hijos del país. Claro está que un espíritu de justicia obliga a pagar a cada uno en la medida de su contribución a la vida nacional y que ese es el sistema de transformar a la inmigración en

caudal que se suma a las fuerzas vivas de la Nación.

No hemos dicho una palabra siquiera de la industria y de los oficios de artesano, porque creemos que todo esto es producto del desarrollo de la riqueza pública, vale decir, entre nosotros, del desarrollo agrícola, sobre todo en tratándose de las industrias, cuyas materias primas se deben a la agricultura en su mayor parte.

Pero para llegar a ese fin es necesario apartarse un poco de la rutina que prefiere seguir viviendo vida de estancamiento y abandonar antes que estimular la inmigración. Cuando esta verdad se reconozca y se acate, siguiendo el ejemplo de los países más cultos de la tierra, podrá asegurarse, sin hipérbolo, que se están echando las bases de la prosperidad de Costa Rica.

Para concluir vamos a reproducir otros párrafos que se refieren al mismo asunto de la inmigración argentina y que concluirán de demostrar cuánto debe ese pueblo previsor y próspero al movimiento de la inmigración.

“La historia de la ganadería argentina es muy curiosa: según el Doctor Larzina en la época precolombina no existían en la Argentina (haremos caso omiso de la cacofonía) más que la llama y la alpaca. La primera se ocupaba para transportar carga y la segunda para extraerle el vellón y comer su carne.

Los conquistadores, en 1542, introdujeron los primeros 72 caballos, y en 1542 el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca llevó a la Asunción otros 30 caballos.

El portugués Cipriano Goes introdujo 7 vacas y 1 toro.

En 1569 del Perú fueron introducidas 4000 cabezas vacunas por cuenta y orden del adelantado Ortiz de Zárate y se distribuyeron entre las provincias de Santa Fe y el Paraguay.

Cuando Pedro de Mendoza tuvo que abandonar la fundación de Buenos Aires, dejó en tierra 7 caballos y 5 yeguas, que no le fué posible recoger, siendo estos animales la simiente de la actual riqueza caballar argentina, la que tres siglos y medio después ascendió a 4.446,859 cabezas equinas. Las bovinas arrojaron 21.701,562 cabezas y las ovinas 74.379,562.

Estos números dan una idea de la riqueza de aquel gran país en donde sólo los aspirantes a empleos públicos no encuentran colocación”.

Algo semejante a lo que acontece entre nosotros, si nos referimos al último extremo del párrafo transcrito; sólo que, desgraciadamente, creemos que está lejano el día en que podamos hablar, como de un triste pretérito, de nuestra actual miseria.

J. Albertazzi Avendaño

San José, Costa Rica, diciembre de 1916.

(1) Este trabajo obtuvo el 1er. premio—medalla de oro—en el tema sociológico, perteneciente al concurso que «El Imparcial» abrió en diciembre de 1916 y cuyo Jurado estaba integrado, según ya hemos tenido ocasión de decir, por los respetables caballeros don Valeriano Fernández F., don Roberto Brenes Mesén y don Omar Dengo.

N. DE LA R.

De “Entre los Niños” (1)

El Silabario

Cuando lo tengo entre mis manos, me habla el Silabario en su idioma casi monosilábico, de los tiempos idos, de los tiempos llorados no sé si porque han pasado o por el encanto de la niñez perdida. Me habla al oído de la vieja escuela y de la sonora campana, de la maestra maternal, de mis risas de escolar y de la tristeza inmensa

aunque fugaz—era yo entonces tan muchacho!—que sentí al llegar a el aula la mala noticia del compañero que no había vuelto y que no volvería, del compañero que quisimos por humilde y que bostezó muchas veces en clase—talvez de hastío, quizá de hambre—del compañerito que, en una mañana de noviembre, se fué a cortar estrellas

(1) *Entre Los Niños*, es una serie de impresiones que ha escrito nuestro colaborador Zamora Eliseo y de las que hoy publica *ATHENA* ésta, como una bella primicia.

como flores y que dejó pérdidas las últimas notas buenas, como si le importara más dormir para siempre, dormir el sueño tranquilo, que recoger aquellas notas mientras padecía hambre, y leerlas y releerlas a la lumbre del hogar indiferente al frío intenso, al último frío.

Ese libro, ese folleto, esas páginas, esas páginas casi vacías, están llenas de ensueño; en ellas parece que las grandes letras invitaran a jugar, ya no a los muchachos, a los jóvenes y a los viejos, a los que ya han visto a la vida robando esperanzas, a los que ya han visto a la suerte destrozando flores. A los viejos, sí, aunque ellos no lo llamen Silabario, sino Cartilla, todos, todos suspiran por el libro de la infancia, por

el mago que nos abrió la puerta para entrar al palacio, mentira, la escuela que llamó Edmundo D'Amicis, *Corazón*.

«Ala», así principiaba el Silabario en que yo aprendí las letras. «Ala», tal decía la primera página; ahora así, tal como lo escribo, más abajo con letras separadas A—L—A. Después he comprendido que con esas *alas* es con las que se puede volar, volar de veras por el cielo, volar por el espacio azul de los libros de Hugo, por el rítmico de Dario, por el primaveral de Daudet, por todos los espacios que dan luz, por todas las atmósferas que dan aire.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Algo sobre Augusto Rodin

En el libro «L' Art» de Paul Gsell, hay un párrafo pertinente al modelado de Rodin cuyo interés importa retraer aquí.

... Quiero confiaros un secreto—dice Rodin a Gsell. Sabéis a qué se debe esa impresión de la vida real que acabamos de sentir al contemplar esa Venus? Sencillemente a la «ciencia del modelado». Sin duda estas palabras os han de parecer algo triviales, pero pronto podréis medir toda su trascendencia. La «ciencia del modelado» me la enseñó un tal Constant, que trabajaba conmigo en el taller de decoración, donde yo empecé a aprender la obra de escultura. Un día viendo Constant cómo modelaba yo en barro un capitel adornado de hojas, me dijo:—Rodin, llevas mal camino. Todas esas hojas parecen plantas y por eso no dan la impresión de realidad. Cuida, pues, de que sus puntas dardén hacia tí; de ese modo parecerán producir un efecto de profundidad.

Seguí el consejo y quedé maravillado de la impresión que conseguí por ese procedimiento.

—No te olvides nunca de lo que te voy a decir, continuó Constant. Cuando de aquí en adelante esculpas, no veas las formas en extensión, sino por el

contrario, en profundidad. No consideres jamás una superficie sino como la extremidad de un volumen, como la punta más o menos larga que se dirige hacia tí. De este modo adquirirás la «ciencia del modelado».

Ese principio fué para mí de asombrosa fecundidad. Lo apliqué a la ejecución de figuras. En lugar de imaginarme las diferentes partes del cuerpo como superficies más o menos planas me las representaba como salientes de volúmenes interiores.

Me esforzaba en hacer sentir en cada saliente del torso o los miembros, la presencia de un músculo o de un hueso que se desarrollaba en profundidad bajo la piel.

Y así, la verdad de mis figuras, en lugar de ser superficial, parecían irradiar de dentro a afuera, como la vida misma. Y he descubierto que los antiguos practicaban precisamente este mismo método de modelado. Y verdaderamente, a esta técnica se debe el vigor y las gracilidad de sus figuras.

De la *Revista Universal*

New York.

caudal que se suma a las fuerzas vivas de la Nación.

No hemos dicho una palabra siquiera de la industria y de los oficios de artesano, porque creemos que todo esto es producto del desarrollo de la riqueza pública, vale decir, entre nosotros, del desarrollo agrícola, sobre todo en tratándose de las industrias, cuyas materias primas se deben a la agricultura en su mayor parte.

Pero para llegar a ese fin es necesario apartarse un poco de la rutina que prefiere seguir viviendo vida de estancamiento y abandono antes que estimular la inmigración. Cuando esta verdad se reconozca y se acate, siguiendo el ejemplo de los países más cultos de la tierra, podrá asegurarse, sin hipérbole, que se están echando las bases de la prosperidad de Costa Rica.

Para concluir vamos a reproducir otros párrafos que se refieren al mismo asunto de la inmigración argentina y que concluirán de demostrar cuánto debe ese pueblo previsor y próspero al movimiento de la inmigración.

"La historia de la ganadería argentina es muy curiosa: según el Doctor Larzina en la época precolombina no existían en la Argentina (haremos caso omiso de la cacofonía) más que la llama y la alpaca. La primera se ocupaba para transportar carga y la segunda para extraerle el vellón y comer su carne.

Los conquistadores, en 1542, introdujeron los primeros 72 caballos, y en 1542 el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca llevó a la Asunción otros 30 caballos.

El portugués Cipriano Goes introdujo 7 vacas y 1 toro.

En 1569 del Perú fueron introducidas 4000 cabezas vacunas por cuenta y orden del adelantado Ortiz de Zárate y se distribuyeron entre las provincias de Santa Fe y el Paraguay.

Cuando Pedro de Mendoza tuvo que abandonar la fundación de Buenos Aires, dejó en tierra 7 caballos y 5 yeguas, que no le fué posible recoger, siendo estos animales la simiente de la actual riqueza caballar argentina, la que tres siglos y medio después ascendió a 4.446,859 cabezas equinas. Las bovinas arrojaron 21.701,562 cabezas y las ovinas 74.379,562.

Estos números dan una idea de la riqueza de aquel gran país en donde sólo los aspirantes a empleos públicos no encuentran colocación".

Algo semejante a lo que aconteció entre nosotros, si nos referimos al último extremo del párrafo transcrito; sólo que, desgraciadamente, creemos que está lejano el día en que podamos hablar, como de un triste pretérito, de nuestra actual miseria.

J. Albertazzi Avendaño

San José, Costa Rica, diciembre de 1916.

(1) Este trabajo obtuvo el 1er. premio—medalla de oro—en el tema sociológico, perteneciente al concurso que «El Imparcial» abrió en diciembre de 1916 y cuyo Jurado estaba integrado, según ya hemos tenido ocasión de decir, por los respetables caballeros don Valeriano Fernández F., don Roberto Brenes Mesén y don Omar Dengo.

N. DE LA R.

De "Entre los Niños" (1)

El Silabario

Cuando lo tengo entre mis manos, me habla el Silabario en su idioma cuasi monosilábico, de los tiempos idos, de los tiempos llorados no sé si porque han pasado o por el encanto de la niñez perdida. Me habla al oído de la vieja escuela y de la sonora campana, de la maestra maternal, de mis risas de escolar y de la tristeza inmensa

aunque fugaz—era yo entonces tan muchacho!—que sentí al llegar a el aula la mala noticia del compañero que no había vuelto y que no volvería, del compañero que quisimos por humilde y que bostezó muchas veces en clase—talvez de hastío, quizá de hambre—del compañerito que, en una mañana de noviembre, se fué a cortar estrellas

(1) *Entre Los Niños*, es una serie de impresiones que ha escrito nuestro colaborador Zamora Elizondo y de las que hoy publica *ATHENEA* ésta, como una bella primicia.

como flores y que dejó perdidas las últimas notas buenas, como si le importara más dormir para siempre, dormir el sueño tranquilo, que recoger aquellas notas mientras padecía hambre, y leerlas y releerlas a la lumbre del hogar indiferente al frío intenso, al último frío.

Ese libro, ese folleto, esas páginas, esas páginas casi vacías, están llenas de ensueño; en ellas parece que las grandes letras invitaran a jugar, ya no a los muchachos, a los jóvenes y a los viejos, a los que ya han visto a la vida robando esperanzas, a los que ya han visto a la suerte destrozando flores. A los viejos, sí, aunque ellos no lo llamen Silabario, sino Cartilla, todos, todos suspiran por el libro de la infancia, por

el mago que nos abrió la puerta para entrar al palacio, mentira, la escuela que llamó Edmundo D'Amicis, *Corazón*.

«Ala», así principiaba el Silabario en que yo aprendí las letras. «Ala», tal decía la primera página; ahora así, tal como lo escribo, más abajo con letras separadas A—L—A. Después he comprendido que con esas *alas* es con las que se puede volar, volar de veras por el cielo, volar por el espacio azul de los libros de Hugo, por el rítmico de Darío, por el primaveral de Daudet, por todos los espacios que dan luz, por todas las atmósferas que dan aire.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Algo sobre Augusto Rodin

En el libro «L' Art» de Paul Gsell, hay un párrafo pertinente al modelado de Rodin cuyo interés importa retraer aquí.

... Quiero confiaros un secreto—dice Rodin a Gsell. Sabéis a qué se debe esa impresión de la vida real que acabamos de sentir al contemplar esa Venus? Sencillemente a la «ciencia del modelado». Sin duda estas palabras os han de parecer algo triviales, pero pronto podréis medir toda su trascendencia. La «ciencia del modelado» me la enseñó un tal Constant, que trabajaba conmigo en el taller de decoración, donde yo empecé a aprender la obra de escultura. Un día viendo Constant cómo modelaba yo en barro un capitel adornado de hojas, me dijo:—Rodin, llevas mal camino. Todas esas hojas parecen plantas y por eso no dan la impresión de realidad. Cuida, pues, de que sus puntas dardén hacia tí; de ese modo parecerán producir un efecto de profundidad.

Seguí el consejo y quedé maravillado de la impresión que conseguí por ese procedimiento.

—No te olvides nunca de lo que te voy a decir, continuó Constant. Cuando de aquí en adelante esculpas, no veas las formas en extensión, sino por el

contrario, en profundidad. No consideres jamás una superficie sino como la extremidad de un volumen, como la punta más o menos larga que se dirige hacia tí. De este modo adquirirás la «ciencia del modelado».

Ese principio fué para mí de asombrosa fecundidad. Lo apliqué a la ejecución de figuras. En lugar de imaginarme las diferentes partes del cuerpo como superficies más o menos planas me las representaba como salientes de volúmenes interiores.

Me esforzaba en hacer sentir en cada saliente del torso o los miembros, la presencia de un músculo o de un hueso que se desarrollaba en profundidad bajo la piel.

Y así, la verdad de mis figuras, en lugar de ser superficial, parecían *irradiar de dentro a afuera*, como la vida misma. Y he descubierto que los antiguos practicaban precisamente este mismo método de modelado. Y verdaderamente, a esta técnica se debe el vigor y las gracilidades de sus figuras.

De la *Revista Universal*

New York.

Cantos de Amor

IV

Amor divino

Señor, tú que la tierra presides y los cielos
y sabes de mis ansias y místicos anhelos
con que cantar quisiera tu inagotable amor,
alumbra con tu gracia mi oscura fantasía
y habrán de ser mis cantos raudales de armonía
que infundan en las almas angélico candor.

¡Oh, si sentir pudiese los éxtasis divinos
de aquellos siervos tuyos, sublimes peregrinos,
enfermos con la santa locura de la Cruz,
que por tu amor ardieron en una llama pura,
absortos se quedaron mirando tu hermosura
y fueron por el mundo nimbados con tu luz.

Señor que de los antros oscuros y profundos
resplandecientes sacas las almas y los mundos,
pues quieres ser amado y sobre todo amar,
que cuidas del insecto y velas por los nidos
sobre las altas ramas del árbol suspendidos
y por el monstruo horrible del fondo de la mar,

Que con tu amor proteges los infinitos seres
que el universo pueblan y en tu bondad prefieres
al hombre a quien hiciste Monarca del Edén,
haz que el amor humano se extienda dulcemente,
por sobre el hombre mismo, a todo ser viviente
que sufre porque tiene su corazón también;

Que vibren en las almas amores franciscanos,
que en todas las criaturas contemplen sus hermanos,
del águila pujante al débil caracol,
como hizo San Francisco de Asís cuando temía
pisar la yerbecilla que en su piedad sabía
era una hermana suya, como el hermoso sol;

Que existan corazones humildes y sencillos
que sufran cuando sufren los pobres pajarillos
y nunca al sér odioso pretendan hacer mal,
y sobre todo puedan amar todos los hombres,
sin distinción de razas, de patrias ni de nombres,
con caridad inmensa y todos por igual,

Al que pasiones sufre ardientes y salvajes,
a la mujer caída que siente los ultrajes
del mundo que implacable castiga su desliz
y al criminal que olvida su Dios y su decoro
y agota las blasfemias, sin conocer el lloro
ni la piedad que hicieran su corazón feliz.

Señor, brilla tu gloria con el amor profundo
que enfoca los amores dispersos en el mundo
y es el dolor tan sólo que sirve de crisol:
en él dejan lo impuro, lo bajo, lo terreno
y ya purificados retornan a tu seno
hermosos y radiantes como la luz del Sol.

J. M. ALFARO COOPER

Costa Rica.

La labor de Athenea

Un soneto del Sr. Brenes Mesén publicado en el número 6 de ATHENEA ha provocado larga discusión por la Prensa y ha motivado árdnas censuras a la revista por haberlo acogido.

Healthy, el crítico de *Eos*, la ha emprendido directamente con la revista y ha querido decir osadamente que ATHENEA arde la mirra para incensar al señor Brenes Mesén. El crítico cae lastimosamente en un grave error, porque en la conciencia de todos está que ATHENEA tuvo desde el principio un amplio criterio para recibir los originales que publica.

ATHENEA ha acogido siempre los trabajos de los miembros del Ateneo y de sus colaboradores sin fijarse en la escuela a que ellos pertenezcan.

En nuestras páginas han desfilado igualmente los nombres de Gagini, del Dr. Ferraz, de Billo, de Carmen Lira, de Alfaro Cooper y de todos los que quisieron hacernos el favor de su colaboración. El mismo don Elías Jiménez, Director de *Eos*, habrá recibido una solicitud para que publicara en ATHENEA. Y *Healthy*, si dejara su bilioso modo de hacer crítica tendría en nuestras páginas un campo en donde esgrimir sus armas.

Pero no se culpe de exclusivista a una publicación que ha querido presentar en Costa Rica y en el exterior el mayor conjunto de firmas nacionales para que sea conocida nuestra literatura.

Hora llegará en que alcemos la bandera de una tendencia, pero no en esta revista que es órgano del Ateneo de Costa Rica y en la que actúan como redactores distintas personalidades literarias. Además, defendiendo el soneto del señor Brenes Mesén no defendemos al «maestro de maestros» que dijo *Healthy*, sino que proclamamos la verdad de la belleza pura.

ATHENEA tiene, hasta cierto lugar, un espíritu ecléctico y sólo no publicará aquello que venga húmedo de saña y torcido de envidia.

EUGENIO DE TRIANA

Crónicas Teatrales

En el Teatro Moderno

Con un brillante éxito debutó en este elegante coliseo la Compañía Dramática nacional dirigida por los señores Blen y Medina. Se representaron por la noche tres piezas escogidas: AGUA MANSA, estreno en Costa Rica. CELOS y el precioso entremés DOS CANARIOS

DE CAFE. La primera es una obra completamente nueva en nuestro teatro. De un fino corte dramático, con un delicadísimo lenguaje, requiere una sabia interpretación, que indudablemente de esta vez se la han dado los actores. Juanita y Oliva hicieron derroche de sutileza y Suárez y Alfaro demostraron

visiblemente que adelantan. En las otras dos piezas se portaron muy bien todos, especialmente Medina, el consumado y Juanita que llena con su gracia la escena. Para todos tiene ATHENEA el aplauso más caluroso.

En el Teatro América

«El Conde de Luxemburgo» fué la opereta escogida por la compañía nacional para debutar triunfalmente en el teatro América y en verdad que coronó su anhelo con un éxito ruidoso. Nosotros nos alegramos de ver que en Costa Rica hay un conjunto de artistas nacionales tan buenos que permiten dar obras de vuelo. Quirós y Santiagoza estuvieron a la altura de la pieza y

arrancaron merecidos aplausos. Ester Ureña y la señora de Santiagoza demostraron su gran espíritu artístico y lograron una acogida unánime; en general todos estos esforzados artistas sacaron el mejor provecho posible y por eso nosotros no nos cansamos de estimularles y de desearles perseverancia, para conseguir el tan deseado teatro costarricense. En VIUDA ALEGRE oímos cantar a Rodó y nos quedamos sorprendidos de su voz. Lástima que no tenga acción y que se muestre tan extrañado de las tablas. Eso le quita mucho éxito. A Bazo lo vimos como una posible gloria nacional. Ojalá que este grupo de artistas siga trabajando con entusiasmo.

Notas

Zamacois en Costa Rica

Según ha informado la Prensa de la capital, el ilustre escritor español Eduardo Zamacois, vendrá próximamente a Costa Rica. El Ateneo, que está siempre atento a todo movimiento intelectual, ha acordado recientemente, para cuando el popular novelista llegue, rendirle un homenaje. Se nombró una comisión para que visite al señor Zamacois, integrada por los señores don Ricardo Fernández Guardia, don Rafael Cardona y el Secretario del Ateneo don Rogelio Sotela y se acordó llevar a cabo una gran velada en el Teatro Nacional, en la que llevará la palabra el señor Cardona, de parte del Ateneo. Nuestra revista hará el homenaje al escritor que vendrá y para esa oportunidad tendremos la colaboración de las más reputadas firmas nacionales.

Nuevos canjes

Hemos recibido los siguientes nuevos canjes que agradecemos: *Nosotros*, de Buenos Aires. Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Gin-ti.—*Becada Escolar*, de Panamá. La dirigen: Cristóbal Rodríguez y Frederick E. Libi.—*El Marconigramo*, de Londres. Director: Enrique Pérez.—*Comercio Ecuatoriano*, a cargo de don Carlos Manuel Noboa.—*Memorias*, del segundo Congreso Venezolano de Medicina, reunido en la ciudad de Maracaibo. Corresponderemos gustosamente a las nuevas publicaciones recibidas.

El Boletín de México en Costa Rica

Hemos recibido el tercer número de esta importante publicación que dirige el Cónsul de México en Costa Rica don Ramón Rojas Corrales. Es indudable que *El Boletín de México* traerá gran beneficio al país, pues será un medio para que Costa Rica tenga un acercamiento con la patria de Juárez.

Athenea en el exterior

Tenemos que hacer constar nuevamente la acogida que va teniendo nuestra publicación en los países donde ha ido. Eso será para nosotros una recompensa y nos estimulará. Recientemente ha recibido nuestro compañero don Justo A. Fae o de la vecina República de Panamá, una serie de cartas en que se encomia nuestra labor y se habla muy especialmente de nuestros colaboradores; todo eso nos anima a seguir trabajando. En la revista *Litras* de Santo Domingo, República Dominicana, correspondiente a enero, vemos que se ha tomado de nuestra revista el artículo de Lavedan sobre Kerensky que tradujo el Licenciado Alvarado Quirós. ATHENEA da cuenta de estos ecos para que se vea cómo afuera aprecian nuestra labor y la recogen.

Nuestro Corredactor

Separado por un corto tiempo nuestro amigo don Rafael Cardona de la redacción de ATHENEA, vuelve hoy a nuestro lado, siempre con el mismo cariñoso entusiasmo. Nosotros lo celebramos y nuestros lectores se complacerán mucho con ello.

Das libros nacionales

Está ya en venta el libro de verso y prosa que don Anastasio Alfaro, nuestro colaborador, ha publicado en esta ciudad. La edición es de la casa Alsina y está admirablemente presentada. Cuando conozcamos *Pelaquilla* haremos un comentario.

Don Moisés Vicenzi prepara para estos días la publicación de un libro de crítica, que será un acontecimiento. Aprecia en él la labor de don Roberto Brenes Mesén y en general de los escritores costarricenses. Le auguramos un éxito.

Los Nuevos ⁽¹⁾

De "Horas Profanas"

NOCTURNO

En la penumbra rosa de la estancia
inventábamos locas historietas;
y en tu pecho gentil unas violetas
sahumaban con bíblica fragancia.

En los amplios jardines prontamente
se distrajo la noche entre las rosas;
y en tus pupilas negras y nerviosas
apagóse la tarde opalescente.

Hubo una rara insinuación. Tu vida,
como una Magdalena arrepentida,
esquivaba los ósculos profanos.

Y en esa hora de olímpica fortuna,
asomó la pupila de la luna
y ocultaste tu pena entre mis manos.

VALS

La orquesta desplegó notas de fuego
y brillaron los regios abalorios;
y tus ojos silentes y amatorios,
tuvieron la ansiedad de un vasto ruego.

Algo insinuante murmuré a tu oído
y nos fuimos del brazo por la sala:
tú, triunfante en las sedas de tu gala,
y yo, de tu esbeltez envanecido.

Luego danzamos. Érvida y nerviosa
como una Salomé, vertiginosa
ondulabas el talle entre la fiesta.

Y en la leve penumbra, en un asomo,
nuestro beso inicial se encendió como
una nota fugada de la orquesta.

MANUEL SEGURA M.

(1) ATHENA abre esta sección de LOS NUEVOS para que los jóvenes espíritus que comienzan a rendir culto al Arte puedan ser conocidos por el público y así se les conceda un valor apreciativo que necesitan.